

"Seamos realistas: pidamos lo imposible". Notas sobre el movimiento de Mayo 68 en Francia

*Francis Mestries Benquef**

Al reflexionar 30 años después sobre el movimiento estudiantil de Mayo, de 1968 uno lo atesora en su memoria como un torrente primaveral que arrasa candados mentales y tabúes, esquemas de autoridad y obediencia, miedos y sendas trazadas, abriendo así las compuertas de la imaginación y de la esperanza, derribando los muros vetustos de la universidad y de la suficiencia "mandarinal", desplomando a las estatuas de bronce que señalaban el rumbo de la nación, de la empresa, del "templo del saber", del "sagrado hogar", acarreando también lo mejor y lo peor en su cauce: la libertad y la intolerancia, la lluvia de ideas y de reformas de la escuela y la sociedad y la logorrea, la fraternidad, y la violencia contra los representantes del "viejo mundo" y sus secuaces.

No cabe duda que estos dos meses de mayo-junio politizaron aceleradamente a la juventud francesa dándole conciencia de su fuerza para romper amarras familiares, sociales y universitarias, y para cuestionar el poder personal de un De Gaulle que tendía a identificar al Estado con su persona, por más heroica que haya sido su misión histórica en la liberación de Francia y en la construcción de una V República descargada del fardo colonial.

Y por un momento el movimiento sintió que el patriarca vacilaba

*Profesor-investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

de su pedestal. Pero el movimiento no supo o no quiso entrar en la arena de la *realpolitik* de las alianzas y compromisos, de los programas comunes, porque en el fondo no quería llenar el efímero vacío de poder y sustituir un poder por un otro, sino desterrar todos los poderes, instaurar la autogestión generalizada, cambiar la vida.

1) Factores estructurales

Como lo comprueba el problema de origen que precipitó el movimiento, de carácter estrictamente universitario (demandas de mixtura en residencias universitarias y de espacios para la expresión política en los recintos), el movimiento del 22 de marzo que inició la revuelta es resultado de la frustración de una serie de reclamos planteados años atrás en torno del funcionamiento de la universidad francesa. En los sesentas se dio un proceso de masificación de la educación superior, que resultó en una sobrepoblación estudiantil, a la que la expansión espectacular de las universidades, para responder a las necesidades de transformación y crecimiento del capitalismo francés bajo el gaulismo, no alcanzó a responder cuantitativamente y sobre todo cualitativamente. La mala calidad de vida de los estudiantes se unió a sistema de enseñanza y de selección arcaico, "mandarinal", elitista burocrático y paternalista, lastrado por la falta de comunicación entre maestros y alumnos, y por un aprendizaje exclusivamente mnemotécnico, lo que propiciaba altos porcentajes de deserción escolar. La vieja universidad elitista de corte feudal se resistía a un *aggiornamento* exigido por el ingreso masivo de las capas medias. A esto se añadían los primeros síntomas de saturación del mercado de trabajo y de desempleo, sobre todo para los egresados de ciencias sociales, apertura de nuevas vías de promoción social no cumplía las expectativas que había generado. Se puede hablar en términos de Alai Tourine, de crisis organizacional (1993:416-417), que provocó una reacción antiautoritaria, primero limitada a la universidad, y luego, a raíz del conocido ciclo protesta-represión-movilización, dirigida contra el Estado, que ostentaba en toda la sociedad los mismos mecanismos autoritarios que la estructura universitaria.

Otro elemento que explica el génesis del movimiento y la constitución de su identidad, y que es común a todos los movimientos estudiantiles de la época, es la ruptura generacional y la conformación en una "clase de edad" de la juventud adolescente, debido a la velocidad de los cambios económicos y sociales de la época, que provocaron el paso de una sociedad de escasez a una de abundancia de consumo. Esta ruptura entre las generaciones propició la aparición

de rasgos de segregación, defensa o autoexclusión, y agresión de la juventud ante el mundo de los adultos, en palabras de Edgar Morin (1994:418-419), tales como la reivindicación de derechos reservados a los adultos y, más allá, el rechazo de su mundo expresado en formas simbólicas en el ámbito de la contracultura (música, moda, costumbres, etcétera), y en una fobia hacia la autoridad, la jerarquía ("la jerarquía es como los estantes, mientras más altos menos sirven", rezaba un lema en los muros de París), la organización institucionalizada y el trabajo enajenante.

El último factor de radicalización política de los estudiantes fue el vacío de alternativas políticas antisistémicas y de proyectos sociales radicalmente distintos en la sociedad francesa, pues el PCF se había convertido en un partido institucional que no conservaba de sus orígenes revolucionarios más que el discurso y la declaración de principios, se había integrado a la sociedad capitalista y se había esclerosado por sus prácticas centralistas autoritarias y por su "seguí-dismo" incondicional de las políticas y directrices de la Unión Soviética, país que ya no constituía un modelo sino un ejemplo negativo de burocratismo, totalitarismo e imperialismo. Esto explica la multiplicación de grupúsculos trotskistas, maoístas, comunistas libertarios y anarquistas en el estudiantado, la influencia ideológica de las revoluciones socialistas heterodoxas del Tercer Mundo como las de Cuba, Vietnam y la Revolución Cultural China, la búsqueda de profetas de tipo mesiánico como el Che Guevara, la lucha contra la invasión norteamericana en Vietnam, inmediato antecedente y campo de entrenamiento de los movimientos estudiantiles en todo el mundo occidental, y la lucha más añeja, en Francia, contra la guerra colonial en Argelia, prueba en la que se forjaron algunos de los más destacados dirigentes del movimiento estudiantil y donde tuvieron sus primeras fricciones con los partidos de la izquierda parlamentaria, quienes votaron en su mayoría por la guerra.

2) Orientaciones

Aunque el movimiento empezó y se focalizó en el asunto de las libertades y de la participación estudiantiles en la vida universitaria, sus objetivos no se limitaban a eso: más fundamentalmente se cuestionaba la orientación de la universidad como formadora y proveedora de cuadros para la empresa y el Estado capitalistas, su tendencia tecnoburocrática, y un futuro para los recién egresados como engranes subordinadores de la maquinaria burguesa para disciplinar a los tra-

bajadores, o en el peor de los casos como desempleados o subempleados en puestos precarios.

Es el medio estudiantil el primer afectado por la crisis de la ideología burguesa a la que está llamado a glorificar y a perpetuar(...) Cuando los valores predicados por la escuela, las academias, las autoridades, son cotidianamente desmentidos por los crímenes del imperialismo en sus convulsiones. Privada de moral e ideal, la burguesía les da como sustituto el marco publicitario. No se trata ya de defender los ideales de la burguesía triunfante (libertad, igualdad), sino de conformarse con la imagen robot del consumidor medio, del burgués mediocre de la decadencia. Ninguna juventud puede reconocerse en esa ideología, y el estudiante menos que ningún otro (D. Bensaid y Scalabrino, citados por S. Zermeño, 1985:252-253).

Esta sociedad productivista orientada al consumo como fin supremo, desacraliza las instituciones de reproducción del orden social como la familia, la religión, la escuela, etcétera, generando contradicciones en el corazón del sistema y tendencias a la desintegración social, que se reflejan en la ruptura generacional (1985:254).

La crítica al funcionamiento interno y al rol de reproducción del orden social burgués que el Estado asignaba a la universidad llevaron a los estudiantes y a muchos maestros a plantearse una reforma académica profunda, diseñada en talleres y foros permanentes que brotaron espontáneamente en cada escuela y departamento: ésta abarcó una transformación de los planes de estudio para incluir enfoques críticos y pluridisciplinarios, temáticas más abiertas a los problemas de la sociedad, supresión de las cátedras magistrales y de los exámenes, y su sustitución por formas de evaluación continua, trabajo en equipos, apertura de las universidades a los trabajadores sin bachillerato, participación de delegados estudiantiles en los Consejos Universitarios (cogestión), mayores espacios para los sindicatos estudiantiles y la información política, entre otros; algunas de estas propuestas fueron introducidas posteriormente al sistema universitario o en algunas universidades, como la de París VII- Vincennes.

De la crítica al arcaísmo del sistema universitario se pasó a la crítica a la cerrazón del Estado gaulista, un Estado que alió en su seno los métodos autoritarios del viejo capitalismo francés con la soberbia de los nuevos tecnócratas y (Touraine, 1993:417). Si bien la democracia francesa se caracteriza por un sistema político abierto, con libre juego de los partidos y la presencia de sindicatos fuertes, el peso de un Estado centralista y paternalista agobiaba la sociedad francesa: control de los medios de comunicación electrónicos; fuerte injerencia del gobierno en los órganos superiores de la justicia; falta de pluralismo en los aparatos administrativos de gobierno (reparto de los puestos de poder entre un pequeño grupo de "compañeros de la resistencia"); débil de

poder de decisión de las regiones, y exacerbado presidencialismo reflejado en el abuso de la figura carismática de De Gaulle; uso frecuente de la represión policiaca para resolver conflictos sociales, y tendencia a la gerontocracia en las cúpulas del gobierno. El Estado francés, núcleo generador y difusor de una "ideología dominante cargada de remanentes de la sociedad aristocrática y de un capitalismo arcaico que ejerce su dominación social mediante mecanismos atrasados, y autoritarios," (1993:418) se convirtió a consecuencia de la represión de las primeras manifestaciones callejeras, en el blanco principal de la lucha estudiantil, y al poco tiempo al mismo De Gaulle se pidió la renuncia. También afloró una reivindicación regionalista en contra del centralismo jacobino del Estado en las manifestaciones campesinas del oeste de Francia. Asimismo, el poder patronal en las empresas fue cuestionado por los jóvenes obreros, dado que aún imperaba el despotismo "de derecho divino" de los patrones, manifestado en el rechazo patronal a la negociación y el debilitamiento sindical. Si bien es cierto que la clase obrera mejoró significativamente sus ingresos y condiciones de vida los años sesentas, fue a costa de una intensificación de su explotación en las líneas de producción y de una mayor enajenación en su trabajo, producto de las transformaciones fordistas del capitalismo francés de la época.

En suma, se llegó a "cuestionar el sistema de decisiones en todas las instituciones, mediante la violencia antiinstitucional y la creación de nuevas relaciones de trabajo y de estudio": no fue una "crisis social revolucionaria sino una crisis política, que rompe con las normas institucionales y desborda las acciones reformistas para propiciar una crisis política salvaje" (1993:418).

La respuesta estudiantil a la crisis de autoridad apuntaba a una profunda democratización de las instituciones y de las empresas, por medio de la cogestión primero, y luego de la autogestión. Esta última fue practicada en las universidades por los estudiantes y en su organización interna, basada en la democracia directa, en la ausencia de jefes que concentraran las decisiones estratégicas y tácticas: los dirigentes eran más bien coordinadores encargados de la vinculación entre universidades, sometidos a la decisión de las asambleas generales, o líderes de organizaciones plurales, como la UNEF (Union Nationale des Etudiants Erabais) que actuó como frente amplio más que como partido, y por ello pudo mantenerse a la cabeza del movimiento. Los centros de estudio y de trabajo, organizados en Comités de Acción, mantenían altos grados de autonomía, y en las Asambleas o Convenciones permanentes como las de la Sorbona o del Odeón, todas las opiniones se expresaban y los representantes eran sometidos a la crítica constante.

El referente histórico de organización política retomado por el movimiento e impulsado por sus cabecillas más representativas, como Cohn-Bendit, era el modelo consejista, el de los soviets y de la Comuna, el de Rosa Luxemburgo más que el de Lenin, aunque muchos grupúsculos marxistas-leninistas trataran de hacer prevalecer su modelo bolchevique y su dirección sobre el movimiento, pero sin éxito.

3) De la revuelta estudiantil a la lucha política salvaje

La gran manifestación y la huelga general contra la represión del 13 de mayo (fecha simbólica pues ese mismo día de 1958 De Gaulle dio el golpe de Argel que lo llevaría al poder) marca el clímax del movimiento. Los sindicatos y los partidos de oposición, después de su renuencia a apoyar a los estudiantes al principio del movimiento, se solidarizan con él, lo que le permite "liberar" la Sorbona de la ocupación policiaca y a los estudiantes presos. El entusiasmo febril de esta jornada hizo vislumbrar la convergencia de obreros y estudiantes. Sin embargo, los sindicatos y partidos de izquierda daban por terminado el movimiento y su papel en esta crisis. A pesar de ello, la juventud obrera respondió al llamado estudiantil a ocupar las fábricas y a continuar la huelga general, organizándose en comités de acción y comités de taller y de fábrica, que para el 25 de mayo ya eran 400, tomando las instalaciones de industrias clave, como la automotriz Renault, la aeronáutica (Aeroespacial de Toulouse), la naval (astilleros de St. Nazaire), etcétera, y los profesionales de la información tomaban la sede del monopolio estatal de la televisión francesa. Parecía que una revuelta "marginal" había prendido la mecha del conflicto social central y echado a andar el movimiento social: seis millones de obreros estaban en huelga nuevamente el 20 de mayo en torno a demandas más cualitativas que cuantitativas: reducción de la jornada laboral a 40 horas, ampliación de las libertades sindicales y políticas en las fábricas, y salario piso de 1 000 francos mensuales. Afloraba el hartazgo en contra del trabajo repetitivo y embrutecedor en las líneas de producción, de la vigilancia constante de los supervisores y sus cronómetros, de los ritmos y la división taylorista del trabajo.

A su vez, sindicatos de campesinos del oeste de Francia se movilizaron también en contra del abandono de estas regiones al subdesarrollo y al desempleo, y por un aumento a los precios agrícolas. El presidente, ausente del país en esos momentos clave, creó un peligroso vacío de poder. Se empezaba a plantear la cuestión de la toma del poder. Los grandes sindicatos obreros, después de haber intentado

frenar el movimiento, se sintieron desbordados por sus bases y en riesgo de fracturarse, por lo que decidieron llamar a la huelga general, que puso a nueve millones de asalariados en paro el 23 de mayo. El objetivo era doble: para los sindicatos, lograr importantes demandas laborales y reformas sociales, y para el PCF, exigir la renuncia de De Gaulle, aunque de ninguna manera se planteaba organizar o encabezar una insurrección: nunca perdió de vista el estado objetivo de la correlación de fuerzas.

Sin embargo, el régimen recuperó pronto la iniciativa: decidió ceder en todas las reformas "aceptables", con tal de no perder lo más importante, el poder. El primer ministro llamó a los sindicatos a la negociación, y ofreció reformas universitarias a los estudiantes. El patronato se vio obligado a otorgar importantes aumentos salariales y nuevas prestaciones sociales en los Acuerdos de Grenelle, que fueron avalados por las cúpulas sindicales. Contra toda expectativa, las bases obreras rechazaron los acuerdos, las manifestaciones callejeras siguieron y Cohn Bendit, expulsado previamente, regresó a Francia en las barbas de la policía. De Gaulle salió nuevamente de París, dejando su "testamento político" en el Elíseo. Parecía que el poder estaba a punto de caer, y que sólo bastaba darle la puntilla para recogerlo. Es lo que creyeron los viejos dirigentes de la izquierda socialista, F. Mitterand y P. Mendés France, por lo que empezaron los preparativos para presentarse como alternativa política, mezclándose con los estudiantes en un mitin masivo, pero fueron repudiados. La CGT por su lado dio marcha atrás en su aceptación de los Acuerdos de Grenelle.

Pero De Gaulle no se había dado por vencido, sino que fue a asegurarse del apoyo del Ejército, que empezó a movilizarse hacia la capital, y auspició la creación de los Comités de Defensa de la República, grupos de militantes gaulistas de choque que organizaron una manifestación de 300 000 personas en defensa de la legalidad republicana para demostrar que el presidente disponía aún de una amplia base social en particular en la pequeña burguesía. Ante la amenaza militar, las fuerzas sociales y políticas de izquierda llamaron a la disciplina y a la paz social; el PCF proclamó su fe en las elecciones, y los sindicatos, en negociaciones separadas por rama industrial, firmaron acuerdos ventajosos, que fueron debilitando progresivamente el movimiento. La CGT (Confederation Générale du Travail), el sindicato más poderoso cercano al PCF, llamó a regresar al trabajo, mientras la CFTD (Confederation Democratique du Travail) rechazó el chantaje oficial a la sumisión o la guerra civil, y quiso mantener la presión huelguística. Pero la contraofensiva del gobierno logró poco a poco desalojar en junio las fábricas y estaciones de ferrocarril, luego de violentos enfrentamientos. El movimiento estudiantil se concentra-

ba nuevamente aislado y fue perdiendo terreno, dividiéndose entre un ala mayoritaria que prefirió abandonar la acción directa para consolidar la reforma universitaria, y otra cada vez más tentada por la violencia ofensiva. La represión también se fue endureciendo, logrando desalojar la Sorbona después de un día de sitio, sin embargo el saldo final de víctimas no rebasó la media decena de muertos, a diferencia de la represión militar que ahogó en sangre el movimiento estudiantil mexicano, y esto queda en el haber honroso del gobierno de De Gaulle.

Finalmente, en un clima de linchamiento moral contra estudiante y partidos de oposición fue disuelta la Asamblea Nacional y se organizaron elecciones que dieron por resultado un triunfo rotundo de la alianza gaulista y una derrota histórica de los partidos de izquierda, que habían venido mejorando sus resultados electorales en las elecciones anteriores: ¡ironía de la historia!

Pero un año después esta diosa ciega se volvió a burlar de sus protagonistas: en un referéndum sobre Regionalización del Estado y Participación (apertura del capital de las empresas a los asalariados) De Gaulle será a su vez derrotado, aunque por poco, abandonado val por la derecha tradicional y por la burguesía. Ofendido, abandonó el poder dignamente para morir unos años después. La soberbia y la propensión a creerse salvadores de la patria hundió finalmente a unos y a otros. El movimiento estudiantil se enfrascó en luchas de retaguardia, desangrándose y convirtiéndose en sectas radicales o en comunidades anarquistas, precursoras del ecologismo.

Cualquier balance frío del movimiento tiene que reconocer que no fue la represión la que liquidó el movimiento del 68, sino la habilidad política del gobierno, que dividió a las fuerzas opositoras, concediendo mejoras económicas y reformas en la empresa a los obreros, elecciones a los partidos de oposición, que cayeron en la trampa mientras los estudiantes rechazaron las urnas desde el principio; en fondo, sin embargo, la convergencia obrero-estudiantil en una insurrección común era cosa menos que imposible, pues la gran obrera había sido integrada al sistema hace tiempo y peleaba reivindicaciones económicas, mientras los estudiantes luchaban exigencias morales, por la dignidad humana (libertad, igualdad, fraternidad en las relaciones humanas y entre los pueblos), y por demandas políticas (fin del Estado policiaco, democratización del Estado, autogestión en las instituciones y las empresas, etcétera). El estudiantado, consciente de su carácter periférico, se dirigió a la clase obrera en busca de un movimiento social ausente. Pero en su desesperación por movilizarla, terminó enajenándose, debido a sus ataques constantes contra los sindicatos y sus dirigencias, acusadas de reformistas.

Acabó ahuyentando también a las clases medias, debido a su excesivo recurso a la violencia callejera. Por ende, el movimiento estudiantil nunca pudo salir de la contradicción inherente a *sí mismo*, de querer la caída del gobierno e incluso la revolución, y de carecer por completo de un programa, de un proyecto de nación, y de una estrategia insurreccional, debido a sus divisiones internas y a su inmadurez utópica, consecuencia de su aislamiento de las relaciones sociales centrales de la sociedad.

4) Conclusiones

El movimiento de Mayo 68 resulta difícil de caracterizar: no se puede definir como movimiento social en términos de Touraine, pues no se trató de un conflicto entre las principales fuerzas sociales por el control de la historicidad (Galván, 1986:110). Pero no se trató tampoco de un mero movimiento cultural, pues se lanzó directamente contra el Estado, por lo que se puede considerar como una lucha, según la tipología de Touraine (1993:106-108), que rebasó las reglas del juego institucional. Sin embargo, su otra dimensión es eminentemente cultural, de crítica a los valores y a las normas establecidas. En este sentido, en tanto que expresión de la juventud intelectual, la lucha actuó como revelador. Según E. Morin, ésta revela el malestar y los bloqueos de la sociedad, y, más profundamente, de una civilización, la civilización industrial tecnicista, y echa luz sobre necesidades ya atrofiadas o aún no explicitadas del mundo adulto, porque constituye el eslabón más débil de la cadena sociológica, del encadenamiento temporal-generacional, y por su distanciamiento mismo de la sociedad global (Morin, 1994:425). En este tenor, su influencia en la transformación en profundidad y a largo plazo de la vida cotidiana, de las relaciones en la familia y la pareja, de las relaciones entre Estado y sociedad civil, y entre humanismo occidental francés y otras culturas, otras civilizaciones, en particular las de sus excolonias, fue fundamental. El reconocimiento de la igualdad entre sexos, entre generaciones, entre pueblos, la revalorización del tiempo libre y la erosión de la mística del trabajo utilitario, el reconocimiento a la iniciativa y creatividad individual y colectiva en los talleres y aulas, la apertura a las minorías y a los marginados, y la organización de la sociedad civil frente al Estado se abrieron paso en los años setentas y arraigaron durablemente en el tejido social francés, a pesar de la crisis y del liberalismo triunfante de las dos últimas décadas.

Bibliografía

- Galván, Francisco, Comp. (1986). *Touraine y Habermas: ensayos de teoría social*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzal-co/ Universidad Autónoma de Puebla, México, D.F.
- Morin, Edgar (1994). *Sociologie*, Ed. Fayard-Points, Paris, Francia.
- Touraine, Alain (1993). *Production De La Societe*, Seuil-Le Livre de Poche, Paris.
- Zermeño, Sergio (1985). *México, una democracia utópica: el movimiento estudiantil del 68*, Siglo XXI, México, D.F.